

Hagan a otros lo que quieren que ellos hagan con Ustedes

Mateo 7:12

Estas palabras de Cristo han sido reconocidas durante siglos como la regla de oro de las relaciones interpersonales. En el sermón del monte representan una conclusión: la manera de poner en práctica lo que Jesús nos enseña a lo largo del discurso. Dichos semejantes ya eran conocidos antes de Cristo. Confucio había dicho, “No hagas a otros lo que no quieres que te hagan a ti”. El Talmud enseña, “Lo que es odioso para ti, no lo hagas a tu prójimo. Esta es toda la ley; el resto es comentario”. Pero mientras estos dichos expresan el principio en forma negativa y pasiva, Jesús lo expresa de manera positiva y activa. Como siempre, la sencillez de las palabras de Jesús esconden el enorme tesoro de su sabiduría eterna.

“Así pues”. La expresión con la que Jesús empieza esta oración muestra que su propósito es aplicar esta norma a lo que ha venido diciendo. Es importante tener esto en cuenta porque nos refiere de manera práctica a todo lo que ha dicho en relación a cómo tratar a las personas.

“Como quieran que los demás hagan con Ustedes”. Jesús pone su énfasis aquí en nuestro propio bienestar, en qué queremos NOSOTROS recibir de otros. Jesús se ha referido en el sermón, y en muchas de sus enseñanzas, a cosas como amar al prójimo, no juzgar a los demás, correr la segunda milla para ayudar a otros, dar de comer al hambriento y de beber al sediento, visitar al enfermo y al preso, ayudar a los necesitados, etc. Ahora piense en cosas que a USTED le gustaría que otros hicieran por Ud. Una lista muy corta podría incluir: Que me amen, que me admiren, que sean tolerantes conmigo, que me den regalos (aunque sea de vez en cuando), que me perdonen cuando me equivoco, que me tengan confianza, que me ayuden cuando lo necesito, que se sientan bien a mi lado, que oren por mí, que me inviten ocasionalmente a comer, que piensen de mí positivamente, que me inviten a sus fiestas, que no hablen mal de mí a mis espaldas, que sean honestos y sinceros en el trato, que quieran a mi familia, que se preocupen por mí, que me escuchen. Añada a esa lista otras cosas positivas que Ud. quiere que otros hagan por Ud. Por ejemplo, piense en lo que le gustaría que su cónyuge hiciera por Ud. O sus hijos. O sus padres. O su familia extendida. O sus jefes. O sus empleados. O sus hermanos en la iglesia. O sus amigos. O sus vecinos. O el gobierno, etc. Ahora...

“Así hagan Ustedes con los demás”. Ahora piense entonces que eso es justamente lo que los demás

están esperando que Ud. haga por ellos. Y eso es justamente lo que, como hijos de Dios, estamos llamados a hacer a los demás. ¿Cree Ud. que el mundo sería diferente si todos actuáramos según esta regla de oro? Indudablemente. Igual como vemos el fruto de desobedecer esta norma (guerras, odios, divorcios, robos, crímenes, chisme, resentimiento), también vemos los frutos de obedecerla: las iglesias, los hospitales, los ancianatos, los orfanatorios, las organizaciones que se dedican a llevar ayuda a los necesitados, y los millones de actos bondadosos y hechos de amor que diariamente rodean nuestra existencia. En esas madres y padres sacrificados por sus hijos, en los pastores y siervos y siervas de Dios que se dedican a ayudar a los demás, en los hombres y mujeres que con pequeños gestos de ayuda hacen la diferencia en el mundo. En los misioneros que lo abandonan todo para llevar esperanza a los que mueren sin ella. Jesús dice que seguir este mandato es el propósito de toda la ley y los profetas. ¿Por dónde comenzaremos hoy a poner en práctica esta regla de oro?